

el oficial que mandaba el cuadro hizo una seña y músicas y bandas rompieron á tocar. Aguardó el orador un momento, y calculando que el ruido no permitiría escuchar, y viendo que el oficial ordenaba el fuego, gritó con voz estentórea abriéndose la chaqueta y señalando el pecho:

— ¡Aquí, traidores...!

En el mismo instante sonó la descarga y cayeron los cinco sentenciados. Luego la tropa desfiló ante los cadáveres y á poco ocurrimos en unión de muchas señoras de Uruapan á levantar, lavar, velar y enterrar á los muertos. El sol inundaba ya la plaza; los bandos de pájaros empezaban á gorjear de nuevo, y una paloma parda, de esas que lloran tan tristemente porque, según refiere el pueblo, llegaron tarde para alegrar la agonía de Cristo, zureaba en la enramada con voz doliente, acariciadora, suave y mística...



CUARTA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Don Gil de las Calzas Verdes

EL cuatro de Noviembre llegué á la corte, y aunque no pude ir por la mañana á presentar mis homenajes á Su Majestad la Emperatriz, que celebraba el santo de su nombre, quise presenciar la inauguración del Teatro Imperial que aquella noche se estrenaba. Por cierto que íbamos á ver representar el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. Mi puesto era tras de las damas de palacio, y como la corte estaba en pleno y asistían casi todas las dignidades, venía á quedar bastante lejos del escenario, y por consecuencia, de la vista de los Emperadores. Quería volverme pequeña para felicitar á S. M. antes de que ella tuviera noticia de mi llegada, y obtener sus órdenes para empezar mi servicio al día siguiente.

Pero vano intento; apenas me senté, quizás apenas entré al salón y comenzaron á asaetearme las flechas de los ojos dirigidos á mí, como si mi persona y no el espectáculo que se representaba en el escenario hubiera sido lo que atraía la atención del selecto concurso. Ni las fanfarronadas de Merced Morales, que hizo y por cierto muy bien, al Burlador de Sevilla; ni las disputas entre Merced y Juan de Mata Ibarzábal, que representó al triste Mejía; ni las lamentaciones de doña Inés, dichas con dulce voz por Rita Cejudo; ni las gracias de Ciutti, caracterizado, como ahora dicen, por Concha Méndez; bastaron para distraer al auditorio, que hallaba más de su gusto el drama real, vivo y palpitante, pero en desmazalada prosa, que yo les ofrecía, que el muerto, enterrado y probablemente falso que Zorrilla había escrito en lindos versos.

En el primer entreacto hubo risillas, murmuraciones, guiños y ojeadas maliciosas. Una vieja dama, coja y mal educada por más señas, se me dirigió resueltamente preguntándome por mi vida y andanzas.

— Hija, por Dios, nosotras cayéndonos muertas de la pena. ¿Es cierto que la secuestraron á usted los *plagiarios*? Cuente usted cómo fué eso.

— No fueron *plagiarios*, observó otra, sino belgas.

— ¿Belgas? No lo crea usted, hija. Si los belgas son unos Juanes de buen alma. ¿Cree usted que puedan secuestrar á nadie gentes que usan esos sombreritos de pas-

tor sensible? Ladrones y no más ladrones fueron los que retuvieron á nuestra bella amiga sin permitirle volver por acá.

— Ha de haber sufrido multitud de molestias.

— Y de injurias.

— Y de atentados á su honra.

— No hubo tal, expliqué categóricamente: iba vestida de hombre.

— ¿De hombre?

— ¿De hombre?

— ¡Jesús, María y José!

— ¡Señor del Buen Despacho!

— ¿Pero es cierto?

— Ni tan cierto...

— ¡Conque vestida de hombre!... dijo la maldita coja mirándome al rostro: *Don Gil de las Calzas Verdes*.

Y el mote de *Don Gil de las Calzas Verdes* siguió siendo el mío, pues la vieja tuvo cuidado de explicar el origen del nombre á cuantos quisieron saberle, y aun prestó la comedia de Tirso en que se relatan las aventuras de la andariega doncella que recorre el mundo vestida de hombre para obtener la satisfacción debida por deudas de honra, á todos los que fueron más curiosos y quisieron saber punto por punto el caso memorable.

Quando tocaban la *Fanfare*, pieza que Rossini había dedicado á S. M. el Emperador, se me acercaron el Gran

Chambelán de la Emperatriz y la Dama mayor, y tras de cumplimentarme me hicieron saber que la Emperatriz me recibiría al concluir la fiesta.

Siguieron los arrestos de Tenorio embelesando á la concurrencia, y cuando concluyó la primera parte del drama, Zorrilla se levantó de su asiento, situado debajo del de los monarcas, y recitó una poesía que se llamaba *Corona de pensamientos que el arte mexicano dedica á S. M. la Emperatriz*, una Kássida árabe, una serenata cristiana y no sé qué otros versos tan melodiosos y tan lindos como todos los del vallisoletano, y tan fina y exquisitamente leídos como todos los que recitaba el gran poeta. Luego que Zorrilla concluyó (aún no se había inventado la palabreja cursi, pero para aquel caso debió haberse sacado de la nada), luego que concluyó Zorrilla se acercaron á él todos los actores y actrices, que habían tenido en la mano sendos ramilletes de pensamientos y se los colocaron en la cabeza formándose así una corona que se detuvo por no sé qué artificios sobre los cabellos del cantor de *Granada* y que éste se quitó luego poniéndola en manos de la Emperatriz, á nombre del arte dramático mexicano. La señora se dignó aceptar la ofrenda, y á las once, en medio de los acordes del himno nacional, salieron los Emperadores para ir á dormir á Chapultepec.

Mucho celebré que la fiesta concluyera en tan buena sazón, pues á cada momento aumentaba la curiosidad en

rededor mío y había concluído por irritarme el continuo secreteo, el saludarme misteriosamente, el reirse de ocultos y el hacer rostro triste al mirarme en mi sitio.

— ¡Ya dejarán de molestarme, fastidiosos! rugía en mi



interior. Cuando vean que la Emperatriz me llama y me agasaja y se informa de lo que me concierne con el interés de siempre, vendrán las adulaciones y las protestas de amistad y el deseo de quedar bien conmigo. Poco tiempo, San Fernando...

Salí, en efecto, en compañía de la Emperatriz; pero cuando subió en su coche, al pie de la escalera, me dijo con cortesía, pero de mal talante:

— Me proponía que habláramos esta noche; pero como estoy muerta de cansancio, lo dejaremos para mañana.

— Pensaba que Vuestra Majestad quería que la atendiera.

— No hay para qué; aquí está la nueva dama de honor que substituye á usted desde hace algún tiempo... Pase usted, Pepita, dijo á una muchacha de hermoso tipo indígena que se encontraba en la sombra, y en quien no había reparado á pesar de haberme sentado cerca de ella durante toda la representación.

Me retiré á mi cuarto corrida y humillada, creyendo segura mi desgracia, y más seguro todavía el que enemigos míos hubieran influído cerca de Sus Majestades para impulsarles á que me corrieran un desaire semejante.

La noche que pasé no tiene comparación con nada de lo más horrible: pensé que me iba á estallar la cabeza y á revocar la salpicadura de mis sesos los muros de la habitación palaciega, antes tan bella y tan risueña, ahora tan vacía de encantos y tan poblada de fantasmas tremendos y dolorosos.

—¿Por qué, me decía, la Emperatriz prescinde de mis servicios y pone gentes que me substituyan, cuando su compromiso era aguardarme hasta mi vuelta? Verdad es

que tardé más de la cuenta; pero ¿acaso fué por mi culpa? ¿Acaso no me restituí á México tan pronto como me fué posible y acaso no hice esfuerzos sobrehumanos por conseguirlo? Dicen que la ingratitud de los grandes está en relación con su grandeza; pero si bien comprendería la ingratitud para todos, no alcanzo cómo se puede ser ingrato conmigo que he servido con todas mis fuerzas, que tengo en Europa aldabas que me pueden servir mucho y que poseo secretos capaces de comprometer á Sus Majestades. Pero yo, continuaba, tengo la culpa de haber pasado este mal rato; hubiera llamado á Aquiles, le hubiera hecho saber mis intenciones y él me habría dado cuenta y razón de los sucesos, poniéndome al tanto de la horrible trama (segura estaba de que había de por medio una espantosa conjura contra mí) y de los nombres de los que la hubieran urdido...

»¿Y por qué no estaría Aquiles en su puesto de teniente de los guardias? Allí estaban Günner, Bombelles y los demás de la Palatina; Esnaurrizar, Pradillo, Uraga y todos los oficiales de órdenes... ¡Tonta de mí! ¿no me había anticipado Jecker que Aquiles había salido para Europa, y no había deducido yo, muy rectamente, que mi amado se encontraba camino de Michoacán? Por allá andaba, pues, corriendo la ceca y la meca, y no tardaría en averiguar el huevo y quién lo puso cerca de mi paradero.

»Pero cuando llegara, con él me bastaría. ¡Me amaba

tan tiernamente, era tan generoso, tan noble, tan bueno, que su sola palabra bastaría á calmar todas mis penas! ¡Con qué discreción arreglaría todo lo relativo á nuestras bodas! ¡qué gusto pondría en alhajar nuestra casa! ¡qué amor tan rendido y tan firme el que me demostraría durante toda nuestra vida!... Naturalmente, que mi primer providencia sería impulsarle á que dejara la carrera militar, tan erizada de riesgos y tan ocasionada á dificultades... Compráramos una casita de campo en Francia ó una hacienda en Michoacán y allí pasaríamos nuestra vida ni envidiados ni envidiosos, ni pobres ni ricos, ni alejados del mundo, ni metidos de hoz y coz en él...

Arrullada por estos pensamientos tan dulces como verosímiles y fáciles de realizarse, me dormí á eso de las seis de la mañana, y un rato después oí que tocaban con golpes furiosos á mi puerta... Cabalmente soñaba que Jecker ponía en mis manos muchos rollos de billetes azules del Banco de Francia, mientras Aquiles y yo recorríamos una linda posesión campestre cuya situación no podía explicarme, pues estaba sobre un río y sombreada por una montaña no muy alta, tras de la cual el sol se metía, un sol amarillo que tenía esculpido en el centro un enorme retrato de Napoleón III.

— Abra usted, señora Jecker.

— Abra usted á la justicia.

— Soy yo, el conde del Valle.

— Soy yo, el licenciado Castillo.

— Soy yo, el Gran Chambelán de S. M. la Emperatriz.

— Soy yo, el Juez tercero de instrucción del ramo criminal.

Juzgándome víctima de una pesadilla espantosa, salté del lecho, no sé bien si despierta ó dormida; me eché encima una bata, me puse unas chinelas y empecé á recapacitar si habría oído ó pensado que oía todo aquel estruendo. Pero no me cabía duda; seguramente pensaban los que armaban la bulla que podría filtrarme por las paredes, como el Comendador de la noche pasada, y ponían todo empeño en llamar para que no me escapara.

— ¿Pero este es su cuarto? decía una voz gangosa que debía de ser la del curial.

— Estoy enteramente seguro de ello; las otras habitaciones están abiertas, y además...

— Pues llame usted.

— Sí llamaré, que me sobran facultades para ello, y en caso necesario para mandar derribar la puerta.

— ¿No tratará de escaparse?

— Todo lo temo; es mujer de muchos arrestos.

— Pues mandemos traer unas palancas.

— Sí, que vayan por ellas.

— Torcida... ¿Dónde está Torcida?

— Aquí estoy, señor Juez.

— Llamen á Mirafuentes y á Navarro... Que traigan á un cerrajero.

— Más expedito es abrir la puerta con su llave, dije apareciendo en el umbral... Pasen ustedes.

— Pase usted, señor conde.

— Primero usted, señor Juez.

— No, señor, de ninguna manera.

— Usted primero...

— Yo necesito traer algunos papeles.

— Entonces, con el permiso.

Y entraron las enormes narices de Suárez Peredo, dejando á poco penetrar á su ruin y desmedrado cuerpecillo. Al fin se presentó el Juez.

— Con permiso de usted voy á cerrar la puerta.

— Ciérrela usted, que ya andan por ahí algunos marmitones, galopines, pinches y ayudantes de cocina husmeando lo que se guisa aquí...

— Pues, señora, dijo el conde; usted ha de perdonar que tan temprano invadamos su casa; pero hace algunos días se denunció á S. M. la comisión de varios delitos haciéndome saber con las reservas debidas que una de las damas de la Emperatriz, usted, estaba complicada en esos actos prohibidos. Su Majestad, que está resuelto á eliminar de su gobierno á todo elemento perjudicial, abriga ese deseo con mayor justicia tratándose de su casa, y me ha autorizado para que diga á usted que desde ahora queda

destituída del cargo de dama de la Emperatriz y de los privilegios y emolumentos que con tal carácter tenía.

— ¡Pero esto es una equivocación, una horrible equivocación! gemí llena de susto. ¡Yo metida en asuntos criminales, yo responsable de no sé qué horribles delitos, yo sujeta á proceso é interrogada por un juez!... Señor don Antonio, ó usted se chancea, ó es víctima de cualquier odiosa burla.

— No, señora, no me chanceo ni había para qué. Usted tiene que contestar á lo que el señor Juez le pregunte, pues lejos de que haya en esto equivocación ó engaño, existen datos precisos que usted sabrá quizás desvanecer, pero que por el momento resultan formidables. El hecho de haber sufrido un robo un pariente mío, don Juan Manuel Suárez Peredo, puso á la autoridad sobre la pista y bastó para aclarar toda la verdad...

— ¿De manera que anda en el ajo don Juan Manuel?

— Ha sido el instrumento que eligió Su Divina Majestad para el logro de sus designios.

— ¡Pues bonito instrumento!...

— Por de pronto, conteste usted á lo que le pregunte el señor Juez.

— Con permiso de usted, voy á hacer entrar á mi secretario.

Y asomándose á la puerta gritó:

— Torcida, tráigase el expedientito.